

UN MORDISCO EN LA MANZANA.

Una aproximación a la espiritualidad del cuerpo.

Espiritualidad del cuerpo. Parece contradictorio. No lo es. Lo parece por el peso de siglos de una teología y una piedad basada en la negación e incluso en el castigo corporal. Acaban siendo más significativos que la reflexión liberadora sobre el cuerpo, y por ello ésta resulta especialmente necesaria, aunque es triste dedicar tiempo en hablar de algo obvio.

Somos cuerpo, y sólo desde esta realidad podemos articular nuestra experiencia religiosa, nuestra liberación, nuestra felicidad. Sólo desde ahí nuestra identidad, la vida.

En este artículo pretendo reflejar la trascendencia, nunca mejor dicho, de un tema que, afortunadamente está comenzando a ser muy bien abordado especialmente desde la teología feminista. Son muchos los interrogantes que suscita, muchos caminos que se abren como análisis y como itinerario espiritual.

Toda realidad puede ser reinterpretada en clave corporal, pero esa nueva mirada no es neutra:

- La perspectiva paradójica de una sociedad que comienza a reconciliarse con la corporeidad, pero que por un lado llega a rendir culto al cuerpo, y por otro lo cosifica y mercantiliza. Personas que se someten cada año a varias intervenciones quirúrgicas para transformarse a base de bisturí y silicona, turismo sexual, niñas que prefieren morir a engordar, etc.
- La misma teología que durante siglos ha recelado de toda sensación y realidad corporal y especialmente sexual (y en ello sigue, haciendo una auténtica cruzada contra algo tan teológicamente secundario como el preservativo), es la que ha fundamentado un secular compromiso de una Iglesia que con amor ha acogido, limpiado, sanado, alimentado y liberado a tantas personas en sus necesidades, tal como aborda Benedicto XVI en la segunda parte de la encíclica *Deus caritas est*

1.-NEGAR:

Nuestra tradición ha negado y pecaminizado todo lo relativo al cuerpo de un modo que ahora incluso provoca risa, pero que durante siglos (y aun en el fondo de lo que somos) sigue pesando como un lastre de plomo, que además de pesado es tóxico.

Sin duda también socialmente hacemos¹ una terrible negación del cuerpo. Nuestro hedonismo, materialismo y consumismo tiene el precio no sólo del desastre ecológico actual, sino de millones de muertes y un terrible dolor. Sólo si analizamos los rentabilísimos cánones de belleza, usados como señuelo publicitario de cualquier producto, como industria del adelgazamiento de alimentación, estética o cirugía, origen de patologías alimentarias mortales y una permanente fuente de infelicidad, comprobamos las consecuencias que esto tiene.

Necesitamos elaborar una buena teología para poder fundamentar una necesaria denuncia profética. Sólo con sabernos imagen viva de Dios (Gn 1,27), la autoestima, el respeto sagrado a cualquier persona y la felicidad podrían ser más fáciles. En vez de eso seguimos con la fábula inventada de una supuesta succulenta manzana roja con la que una lasciva Eva seducía sexualmente al inocente Adán. Y en esas estamos, con la manzana de marras rondando por el imaginario colectivo católico, victoriosa frente a cualquier exégesis: C.G. Jung 1, Fuente Yahvista 0.²

¹ Decir de "nuestra sociedad hace" cumplidos los cuarenta años resulta grotesco.

² Desde mi experiencia, si en una catequesis se realiza una exégesis de Génesis 3, y se analiza el fruto de la libertad y consecuente desobediencia humana desde cualquier perspectiva, no dejará de haber algún adolescente o adulto que vuelva sobre el preconcepto del pecado sexual y la responsabilidad negativa de Eva.

Y obviamos el hecho de que el pecado de la desobediencia al comer el fruto prohibido (ni manzana ni sexual) es la consecuencia de la mayoría de edad, nuestra salida del Edén-guardería, el comienzo de una nueva etapa en la que seguimos a tiempo de reconciliarnos con ese Dios que nos ama. El Paraíso más que un origen es un destino por construir.

Sigamos hablando con honestidad. Es la sociedad la que nos ha regalado también en este aspecto un auténtico signo de tiempos. La normalización, la dignidad de lo corporal, la importancia del placer, la cultura del respeto a los derechos humanos (en su camino de ida y vuelta, que no podemos obviar que nacen en y por el sustrato judeocristiano de la dignidad humana). Socialmente la mayoría de edad se ha impuesto a los siglos de condena del cuerpo que siguen pensando en el contexto católico. Y es este aire fresco el que estamos incorporando en la teología posconciliar.

Pero no resulta fácil. Pesa una tradición de castigos corporales como forma de expiación y crecimiento espiritual.³ Todavía pesan la concepción de que los pecados graves son los relativos a la sexualidad pese al silencio evangélico sobre estas cuestiones y la radicalidad de la moral social cristiana⁴. Pesa la negación del propio cuerpo como espacio de salvación y se identifica a alguien espiritual con quien no pisa tierra (*fuga mundi* como única ascesis). Pesa la visión de la actividad sexual como algo negativo si situamos la castidad y la tradición eclesiástica del celibato como las formas sublimes de consagración a Dios, y se hace de la renuncia afectiva, de ese sacrificio, algo sagrado, incluso con talante sacramental. Pesa una mariología que exalta a María como virgen y madre biológicas, y propone este único camino a toda mujer. Pesa una teología moral que pecaminiza toda relación que no esté dentro de un matrimonio heterosexual canónico e indisoluble y rechaza los métodos de planificación o profilaxis. Sería conveniente analizar los necesarios matices de cada cuestión citada, pero lo incuestionable es su influencia.

Una de las causas de esa situación es el dualismo Cuerpo/Alma. La negación del cuerpo era la forma de cultivar lo espiritual. Además de ello, se suele jerarquizar los dos polos del binomio y asignarles género, el cuerpo corresponderá a las mujeres y el alma a los varones. Lo mismo sucede con otro dualismo paralelo a éste y que tan brillantemente ha desarrollado C. AMORÓS, Naturaleza/Cultura, la naturaleza se feminiza y se subordina, sin saber si la naturaleza o el cuerpo se minusvaloran por asociarlas con las mujeres, o se feminizan porque se consideran inferiores.

Pero, ¿es esta perspectiva cristiana?

Sin exaltar la teología judía, ésta es sin duda más unitaria e integral que la platónica. Desde ella el 60% de los versículos del Evangelio tienen que ver con el cuerpo. Jesús camina, come (le critican por comilón y bebedor), sana cuerpos y lo hace con su propio cuerpo, con sus manos, con su saliva. No es de extrañar que la exaltación espiritualista de docetas o gnósticos fuera considerada herética, y se defina a Jesucristo como totalmente Dios y totalmente Hombre (Concilio de Calcedonia).

Los dos misterios centrales del cristianismo, Encarnación (*la Palabra se hizo Carne – sarks-* Juan 1,14) y Resurrección (*en cuerpo y alma*) van mucho más allá de tener relación con el cuerpo. Como nuestro sacramento central, la Eucaristía es signo de comunidad compartiendo Cuerpo y Sangre de Jesús. **¿Cuál es entonces el origen de una teología dualista?**

Además de la influencia de corrientes filosóficas y teológicas que incluso se vislumbran en el Nuevo Testamento y que tan brillantemente ha estudiado U. RANKE-HEINEMANN⁵, será San Agustín el que incorporará a la teología cristiana el neoplatonismo de Plotino. El cuerpo como cárcel del alma, el cuerpo de las mujeres como objeto de pecado. Nuevamente la

³En algunos espacios *neocon* comienzan incluso a salir del arcón cilicios y disciplinas.

⁴ Se penaliza el aborto con la excomunión, no a quien haya desencadenado una guerra.

⁵ *Eunucos por el reino de los cielos*, Madrid, 1994

⁵ Paradójicamente los protagonistas casi exclusivos de pornografía, prostitución, violación y violencia doméstica son varones.

responsabilidad de la seducción de Eva ante la cual, y desde San Ireneo, nacerá un nuevo binomio Eva/María. Dos madres contrapuestas por su supuesto pecado/pureza sexual

2.-AFIRMARSE

Juan XXIII reconoció en la *Pacem in terris* a los movimientos obrero y de mujeres como auténticos signos de los tiempos. Una de las mayores aportaciones del feminismo es sin duda la dignificación del cuerpo femenino y su entidad de sujeto moral y político. Libros como *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*⁶ expresan la revolucionaria aportación epistemológica y sociológica que supuso desde los finales de los sesenta.

La teología feminista ha recogido estas aportaciones en el terreno abonado de la antropología cristiana: el cuerpo de mujer además de espacio de salvación (M.T. PORCILE) es sujeto y agente de liberación. Cuerpo resucitado, lugar privilegiado de gracia.

Y en el Pueblo de Dios se verifica un auténtico *sensus fidelium*. Más allá de lastres y tradiciones que siguen pesando, una imparable mayoría de edad hace que las decisiones morales sean cada vez más contrastadas en lo relativo a la corporeidad, la afectividad y la sexualidad. Un ejemplo que suelo poner es el de una España mayoritariamente católica que durante años ha sido el país de menor natalidad del mundo, algo que no debía suceder por la eficacia de los métodos Billings u Ogino, sino por mujeres que tras escuchar las condenas a los métodos de planificación familiar tomaban las decisiones que ellas consideraban moralmente adecuadas en su vida. Una mayoría de edad ejercida a veces con no pocos conflictos personales.

Lo cierto es que los avances teológicos son más lentos de lo que quisiéramos pero más rápidos de lo que pensamos. El propio Magisterio comienza a hablar del eros de un modo impensable hace unos años,

En realidad, “eros” y “agapé” –amor ascendente y amor descendente-nunca llegarán a separarse completamente. Cuanto más se encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general⁷.

y se plantea una teología corporal y desde y para la Resurrección, incluso en el ámbito litúrgico. No en vano Ratzinger ha sido un eminente teólogo antes que Pontífice:

Al cuerpo se le pide mucho más que el traer y llevar utensilios, o cosas por el estilo. Se le exige un total compromiso en el día a día de la vida. Se le exige que se haga «capaz de resucitar», que se oriente hacia la resurrección, hacia el Reino de Dios, tarea que se resume en la fórmula: «hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo». Donde se lleva a cabo la voluntad de Dios, allí está el cielo, la tierra se convierte en cielo. Adentrarse en la acción de Dios para cooperar con Él: esto es lo que se inicia con la liturgia, para después desarrollarlo más allá de ella. La Encarnación ha de conducirnos, siempre, a la resurrección, al señorío del amor, que es el Reino de Dios, pero pasando por la cruz (la transformación de nuestra voluntad en comunión de voluntad con Dios). El cuerpo tiene que ser «entrenado», por así decirlo, de cara a la resurrección. Recordemos, a este propósito, que el término «ascesis», hoy pasado de moda, se traduce en inglés sencillamente como «training»: entrenamiento.

Hoy día nos entrenamos con empeño, perseverancia y mucho sacrificio para fines variados: ¿por qué, entonces, no entrenarse para Dios y para su Reino? Dice san Pablo: «Golpeo mi cuerpo y lo esclavizo» (1 Cor 9,27). Por cierto, fue precisamente san Pablo el que puso la disciplina de los deportistas como ejemplo para el entrenamiento de la propia vida. Este entrenamiento forma parte esencial de la vida cotidiana, pero debe encontrar su punto de apoyo en la liturgia, en su «orientación» hacia el Cristo resucitado.

⁶ Colectivo del libro de Salud de las mujeres de Boston, Barcelona 1982

⁷ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 7.

Digámoslo con otros términos: se trata de un ejercicio encaminado a acoger al otro en su alteridad, de un entrenamiento para el amor. Un entrenamiento para acoger al totalmente Otro, a Dios, y dejarse moldear y utilizar por Él⁸.

3.-SER

Somos cuerpo. Y más aún. Casi todas las disciplinas reconocen ya frente a dualismos y monismos el carácter integral del ser humano. De hecho el anglicismo *holístico* está de moda.

Como bien desarrolla la doctora y psicóloga Á. CORRAL, somos unidad bio-psico-social. Nosotros añadimos espiritual. No es preciso fundamentar la importancia e interacción de cada uno de los elementos de ese todo. Cuerpo, mente/emociones/alma, grupo. Todo penetrado y trascendido desde el espíritu, la *ruah*.

Unidad que configura identidad, ¿o viceversa? La cuestión de la identidad referida al cuerpo suscita cuestiones como la del binomio sexo/género, o la pervivencia en el tiempo, por no hablar de la resurrección en cuerpo y alma. Somos diferentes a quienes éramos hace veinte años pero somos los mismos, las mismas. Por ello, prefiero hablar aquí de corporeidad a cuerpo. La materia física del mismo, además de conllevar un recurrente debate epistemológico⁹ es en sí fugaz; salvo las neuronas, las células no sobreviven más de siete años. Identidad en permanente evolución, auténtica metamorfosis en la que intervienen genética y ambiente, y en la que se producen los saltos cualitativos de nacimiento y muerte/resurrección (L. Boros).

Igual pero distinto: *Suéltame*, dirá Jesús resucitado a una María de Magdala que sólo lo reconoce cuando Él le llama por su nombre. Ese cuerpo que mantiene las llagas de la Cruz es un cuerpo transformado. Cuerpo único, absoluto, digno, que se plenifica y perpetúa. Como las mariposas que KÜBLER-ROSS veía dibujar a los niños camboyanos en su lucha contra la muerte instalada en su país. Providencia, azar, elecciones libres de caminos que nunca sabemos adónde nos llevan. El misterio de la vida escrito en nuestra piel, como la belleza de los dibujos de henna con los que nos agasajan las mujeres saharauis.

Más que herramienta para, **nuestro cuerpo es en sí identidad, conciencia, comunicación** (Marcel), continuidad en el tiempo (gracias al menospreciado poder reproductor del cuerpo de las mujeres, a su invisibilizado poder productivo y a su legado cultural y espiritual)

4.-SER MÁS:

La dimensión trascendente sólo es posible desde y por el cuerpo. La teología neotestamentaria no afirma que el cuerpo sea la cárcel del alma, sino el templo del Espíritu.

"¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, que tenéis de Dios, y que no sois vuestros? ¡Habéis sido bien comprados! Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo" (I Cor. 6, 19s).

Y esa experiencia de Dios pasa por la felicidad y la liberación. Por la salud, palabra de la misma etimología que salvación. El propio concepto de salud, como es lógico, es también integral desde su definición en la Constitución de 1996 de la Organización Mundial de la Salud como el estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades^[1]. Las consecuencias teológicas son obvias. Como formula Radford Ruether, "si es sano, es santo". Y por ello no podemos callar ante las vejaciones sociales (y aun eclesiales) que puedan sufrir nuestros cuerpos, ni dejar de cantar a la belleza, al arte y al placer de los mismos. Todo cuerpo es digno, y bello en sí, frente a toda subjetividad¹⁰ y mercantilismo estético.

Ruah, el viento que pulula por encima de las aguas (Gn 1), el aliento que hace del barro un ser viviente (Gn 2), el alma, el Espíritu que Jesús nos promete, el viento que invade el cenáculo en Pentecostés, es un término femenino, polisémico, que expresa bien la belleza, la

⁸ RATZINGER, J.- *El espíritu de la liturgia*, Madrid, 2001, p. 200-201

⁹ La cuestión de la imposibilidad de definir materia que inició MOULINES

¹⁰ Las mismas gordas minusvaloradas en Occidente triunfamos en países árabes y africanos.

fuerza, la vida del Espíritu. Una presencia invisible pero tan real como el aire que respiras mientras lees estas líneas.

La espiritualidad, como el carisma que emana del aliento de Dios en nuestras vidas, es encarnada o no es. Y esa encarnación es también integral: personal, social, política, cotidiana. Es por lo tanto corporal. Si no penetra en profundidad, si no fluye libremente y en definitiva vertebra cada una de las dimensiones de nuestro ser, si la desencarnamos y con ello nos alienamos, si es una burbuja que nos aísla de la realidad o no nos empuja al compromiso liberador o a la plenitud personal, es porque hemos enrarecido peligrosamente el Espíritu, como quien para conservar el oxígeno respirado se empeñara mortalmente en no espirar el aire que llena sus pulmones.

Pero la encarnación espiritual da miedo, y solemos poner sordina a la radicalidad de un concepto como si de ese modo le añadiéramos un supuesto plus de religiosidad. Así, por ejemplo, el concepto de Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo¹¹. El adjetivo *místico* no aparece en Pablo: "Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros cada uno por su parte" (I Cor.12, 27)

En otras religiones parece haber una mejor integración del cuerpo. El taoísmo y la medicina china, el budismo tántrico, las técnicas corporales hindúes y su panteón de dioses y diosas en permanente actividad sexual, e incluso la sexualidad dentro del matrimonio musulmán. No debemos obviar los tabúes y hasta mutilaciones que jalonan muchas religiones y culturas, pero el diálogo interreligioso siempre nos ayuda a integrar elementos liberadores o al menos a ponderar en perspectiva nuestro mejor legado. En ese sentido estamos rescatando en el cristianismo tradiciones contemplativas corporales como la postura carmelitana o diamantina, la oración en movimiento, la danza, los textos de místicos y místicas de una ascesis inspirada en el deseo erótico, etc.

Y es que la trascendencia no se ve limitada por el cuerpo, es su presupuesto. No es un lastre, sino su condición de posibilidad, herramienta y sentido. Una asignatura pendiente en nuestro crecimiento personal, itinerario espiritual que realiza nuestro ser al completo, desde nuestra vida, nuestro cuerpo. Tenemos que aprender a traducir a Dios en quien nos rodea, y a sentir en los demás la caricia de Dios. Los obstáculos que impiden encarnar nuestra espiritualidad son muchos: nuestro lenguaje abstracto, edulcorado y desencarnado, una praxis evasiva y acomodaticia, muchos miedos personales, etc.

Hace algunos años, acompañé durante sus Ejercicios a un señor mayor, casado. La imagen del alfarero de Jeremías 18, 6: "Como barro en manos del alfarero, así estáis vosotros en mi mano, casa de Israel", estaba siendo central en su oración. Al identificarse con el barro se sorprendió al constatar que le aterrorizaba el pensar en las manos de Dios moldeándole, y sobre todo, re-formándole (...)Por segunda vez lo intentó pero le resultaba amenazante, hasta que dejó de luchar y se quedó quieto consigo mismo, con sus miedos y con Dios. Inesperadamente, la imagen de las manos tendidas hacia él volvió otra vez. Sin embargo, antes de retroceder, asustado, una vez más, vio que las manos de Dios eran las manos de su mujer, que tantas veces le había acariciado a lo largo de sus muchos años de matrimonio. Esto fue para él una experiencia de conversión en distintos niveles¹².

Una técnica útil para verificar esta cuestión en el acompañamiento personal es la de traducir en sujetos, acciones y emociones concretas, tangibles y sencillas cualquier expresión de nuestra experiencia de Dios y de nuestra teología que a cualquier persona no creyente pudiera costarle entender.

5.-SENTIR

La conciencia del mundo y de la vida pasa también por el cuerpo, que es nuestro contacto con la realidad, nuestra propia realidad. Los sentidos y la comunicación (en ambos casos necesariamente corporales) son las raíces que nos conectan con la vida. Y los

¹¹ Pío XII, *Mystici Corporis Christi*, sobre el cuerpo místico de Cristo, 29 de junio de 1943

¹² P. SHELDRAKE, *Cómo llevarnos bien con nuestros deseos*, p.77. Bilbao, 2000.

sentimientos (reflejados en las sensaciones corporales) son las ventanas abiertas a lo más hondo de nuestro ser.

La búsqueda, el deseo, incluso la necesidad como motores de nuestra experiencia religiosa se verifican en nuestra sensación corporal. Y crece y se enriquece con la contemplación de la Naturaleza, la oración corporal, el cuidado de cuerpos que sufren, el compromiso de bajar a pueblos de su cruz, etc.

Todos hemos sentido en algún momento una presión en el esternón, mariposas hormonales en el estómago o los cientos de síntomas corporales de nuestras emociones y de nuestra propia experiencia religiosa. Pero tenemos que aprender a leer¹³ esa propia historia personal y desde ahí educarla hacia nuestra felicidad y plenitud. La inteligencia emocional y la sabiduría corporal se aprenden y se acaban normalizando. El concepto de sensatez, expresa la reconciliación con nuestros sentidos y sentimientos.

6.-SENTIR MÁS

Toda relación y comunicación pasa por y para el cuerpo (Marcel). El cristianismo es entonces corporal en sí. Incluso, como estamos viendo, en la propia dimensión contemplativa.

Ser y sentirse amado/a por Dios nos lleva a nuestro compromiso de amor (I Jn, Jn 15). La dimensión del cuidado, tan relacionada con las mujeres (Guilligan) es en el caso del cristianismo un imperativo. Pero no como algo intimista y sólo personal, también social, político, ecológico, cósmico. Cuidar a los/las demás, la Naturaleza, el Cosmos, cuidar la Vida. Corazón, manos, piel, vientre que engendra vida recreando el seno materno de Dios. La caricia de Dios nos transforma en personas fecundas, llamadas a regalar su ternura y su fuerza al mundo. Amar la Vida, vivir en el Amor.

7.-AMAR MÁS

Ese amor toma forma como *Eros, Agapé, Philia*. Hay mucha más similitud entre ellas de lo que pensamos, aunque no es lo mismo.

“(...)el eros ebrio e indisciplinado no es elevación, « éxtasis » hacia lo divino, sino caída, degradación del hombre. Resulta así evidente que el eros necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle degustar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser.

5. En estas rápidas consideraciones sobre el concepto de eros en la historia y en la actualidad sobresalen claramente dos aspectos. Ante todo, que entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete infinitud, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo, se constata que el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto. Hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia. Esto no es rechazar el eros ni « envenenarlo », sino sanearlo para que alcance su verdadera grandeza¹⁴.

El aprendizaje de la vida pasa por la sanación propia y mutua de las tres heridas de Miguel Hernández, el amor, la muerte y la vida. Resurrección en cuerpo y alma. Nuestros cuerpos como Árboles de Vida. Brotes ya adultos del Árbol de Vida en quien vivimos, nos movemos y existimos, Cristo resucitado.

¹³Son muchas las técnicas psicológicas para aprender a leer y sanar nuestros sentimientos desde las sensaciones corporales, desde el *focusing* a la *bioenergética*. Resulta fascinante ir incorporando estas herramientas en nuestro crecimiento personal y cristiano.

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*, 4 y 5.

Cuerpo de Cristo: El *Corpus* es una de las devociones centrales del culto al Cuerpo de Cristo (pan consagrado, pero cuerpo). La festividad del Corpus Christi refleja en su fasto y sacralidad la mistificación y masculinización a la que hemos reducido lo corporal y al propio Cristo. Alta, dorada, distante, asexuada, sólo tocada por el varón consagrado, la custodia es un auténtico icono de la realidad corporal que estamos analizando. El sentido eucarístico evangélico se pierde entre tanta parafernalia por otro lado venerable y hermosísima. ¿Pasteles en vez de Pan de Vida? ¿Por qué no además de?

La pasión nos ofrece otra realidad corporal, un *Ecce Homo* vejado, sangrante, brutalmente humano, como su muerte y un *Cuerpo glorioso* resucitado. Y el Evangelio nos habla de un pan y una copa compartidos, *éste es mi Cuerpo*. Y de una realidad actual que sacramentalmente nos lo hace visible: *cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis*. Niños y niñas prostituidos, personas torturadas, hambrientas, mujeres maltratadas, Cuerpo de Cristo. Amén.

El compromiso eclesial con los pobres a lo largo de la historia así lo ha traducido: sanación/salvación personal, social, política, corporal, psicológica y espiritual.

8.-GOZAR MÁS, BAILAR MÁS, REIR MÁS

Lo que paradójicamente nos sigue costando es asociar los conceptos de salud, felicidad y liberación a los de gozo, risa, ternura, placer, fiesta, sexualidad, etc. Una de las pocas verdades que jalonan la teología-ficción del Código da Vinci es la realidad de que el imaginario de un Jesús felizmente casado y con hijos hubiera ayudado a liberar al cristianismo de la cárcel patriarcal en que acabó y probablemente nos hubiera hecho más felices.

Los recorridos por los místicos y místicas de nuestra historia y de nuestro momento actual, o libros como *Besar es orar* (W. MÜLLER) y *Cómo llevarnos bien con nuestros deseos* (P. SHELDRAKE) nos están ayudando a integrar esta importantísima dimensión. El encuentro místico se asocia a la fusión sexual de un modo sorprendente.

Para Freud la libido es la energía vital por excelencia. Es lo que se ubica en la espiritualidad hindú en el chakra básico o primer chakra. Está asociado con el sexo y es también el lugar donde más intensa energía hay en el cuerpo humano, aquella energía que nos permite generar vida. Se le suele llamar *ancla del espíritu*.¹⁵

No es de extrañar que la Risa fuera signo de Resurrección, de Pascua, y que se propiciara a través del humor sexual¹⁶. Siglos de sesiones gratis de risoterapia en la vigilia pascual. Los placeres de la vida, la fiesta, el abrazo. Realidades corpóreas que estamos comenzando a incorporar en nuestra búsqueda espiritual están presentes en el Evangelio.

El Reinado de Dios se suele describir como un banquete con vino y baile. El mejor ejemplo puede ser el abrazo, los besos y la gran fiesta que ese padre bueno-Dios ofrece al hijo que ha vuelto (Lc 15).

¿Quién no quiere ser querido/a, disfrutar y ser feliz? ¿Quién no desea renacer en el vientre materno de un Dios que nos ama con locura? **¿Quién no se atreve a dar un nuevo mordisco en esta manzana?**

¹⁵ Según creen, el funcionamiento de este chakra determina nuestra conexión con la tierra y la materia. Se encuentra a la altura de los genitales. Sus características positivas son la fortaleza, vigoriza el ánimo, anima el entusiasmo, estimula el sistema nervioso y otorga la resistencia, el esfuerzo y la constancia. El mal uso determina el abatimiento físico y moral.

¹⁶ M.C.JACOBELLI, *Risus Paschallis*. Barcelona 1991.